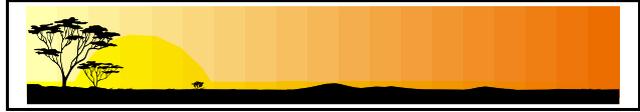


ABUELITA



Mil años lleva la abuelita envuelta en su pañoleta negra, sus piernas y sus brazos se parecen a esos sarmientos en nudo de vendimias que no podrán saber ya nunca el valor que toma la madera cuando el vino tinto se derrama.

La abuelita tiene un paso muy fino, breve, cauteloso parecido al saltito que daban en las calles empedradas aquellas niñas tan antiguas para no confundirse y caer en las lienzas de miradas que le tendían a su paso los muchachos de la esquina.

La abuelita era tan antigua con su eterno novio, el piano, en su cama sus dedos largos cercanos a la muerte, parecían en las sábanas las marfilneas teclas y notas negras su cabellera larga como ese siglo que llevaba mirando florecer la tierra.

Se nos marchó de madrugada, cuando se van a dormir las estrellas, su vida fue una nota en pausa y el calendario perdió nombres y fechas de tantos nietos y tataranietos.

Aún están esperando en la iglesia el pasaporte que le trae el ángel de la música para mostrarle el viaje.

Con mis hijos a la mesa reunidos como una oración hecha plegarias les leo como responso estos versos de adiós a esa abuelita y a su música, frente a ese piano que ya cerrado igual que si hubiese terminado el concierto.

MANUEL DURAN DIAZ
Septiembre 03 de 1976